

Los caminos del engaño

Angela Porras



Suñer
Música



Biografía de la autora

Angela Porras (1980, Nueva Carteya) es escritora y editora.

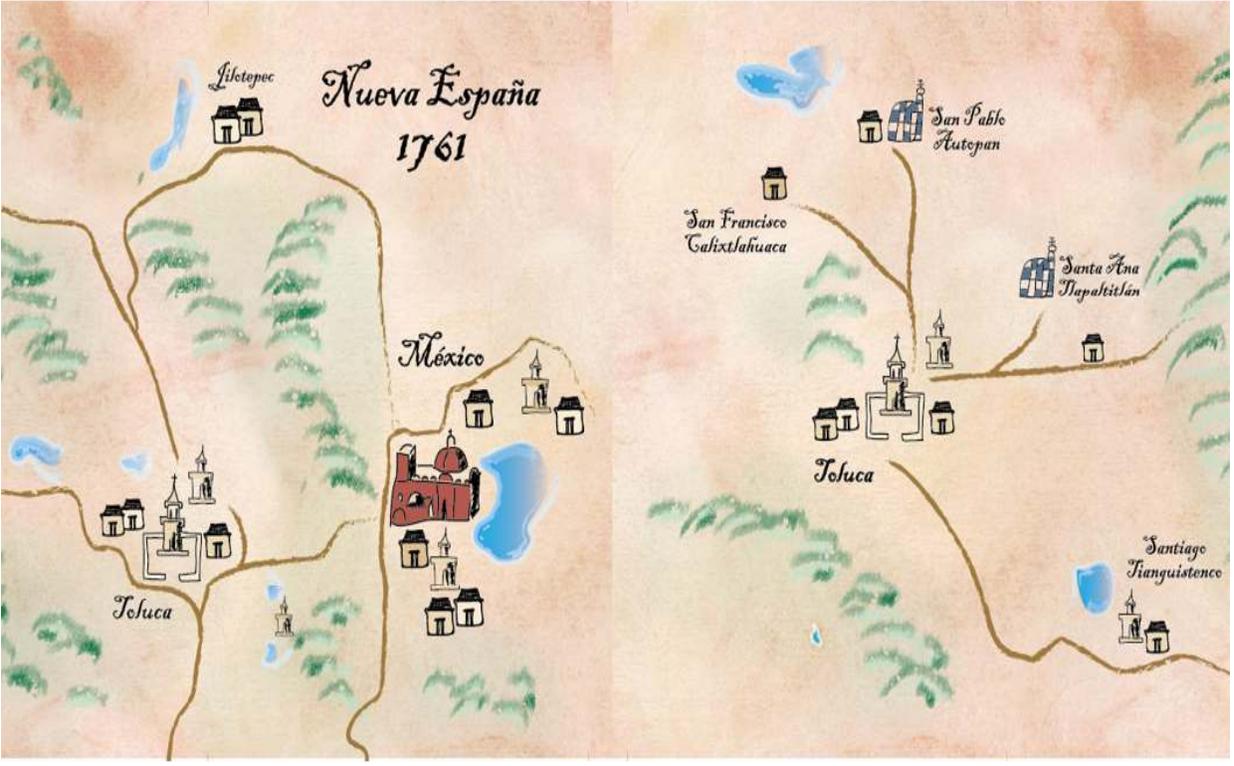
Estudió Historia en la Universidad Autónoma de Madrid y se formó como profesora, interesándose sobre todo por las dinámicas de grupo y la enseñanza inclusiva.

En 2003, por afición a la escritura, realizó varios cursos de edición, corrección y producción editorial, que después puso en práctica en varias editoriales. En 2020 funda la suya propia, FoscaNetworks, con un espíritu independiente y cercano.

Su obra literaria se centra en la novela, en la que ha tocado varios géneros, siempre con un estilo fresco, directo y con un fuerte componente de humor negro. Villamatojo, Quiero volver, Madrid 2004, Crónicas funestas, La vieja y malvada bruja y Pequeño Alce, preceden a Los caminos del engaño, su única novela histórica hasta la fecha.

Tiene un alter ego bloguero y tuitero, Lorzagirl, que desde 2005 lleva comentando y compartiendo los sinsentidos de la vida cotidiana. Estas anécdotas están recopiladas en los tres volúmenes de Vayamos por partes.

Insiste en que su nombre se escriba sin tilde y le encanta que le pregunten por el motivo.



LOS CAMINOS DEL ENGAÑO

Angela Porras

Cicely
clásicos

Para los niños tristes de los hogares rotos.

Hombres necios que acusáis

a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ,
*en «Arguye de inconsecuencia el gusto y la censura de los hombres,
que en las mujeres acusan lo que acusan»*

Toluca

Alguien estaba llamando a la puerta con una violencia inusitada.

A su pesar, Francisco Javier de Estrada salió de la cama y se dirigió hacia el origen de los ruidos. Odiaba con todas sus fuerzas la fiesta de San Bartolomé. Los macehuales bebían hasta perder la vergüenza, no tenían prisa por volver a casa y montaban jarana en la calle hasta que el amanecer o la inconsciencia daba con ellos. O, como parecía ser el caso, intentaban volver a casa y se equivocaban de vivienda.

Ni siquiera se molestó en cubrirse la camisa de dormir. En cualquier caso, la persona que había al otro lado de la puerta no se acordaría al día siguiente. Y si, como ocurría a menudo, estaba haciendo sus necesidades en la relativa privacidad del dintel, al menos no le mancharía la ropa de diario, que tendría que ponerse en unas horas para atender el mostrador de la dulcería.

Encendió el cabo de vela que mantenía junto a la entrada, retiró el cerrojo y dejó que la propia fuerza de los golpes abriera la pesada puerta. Ante ella, descubrió un cuadro singular: el antiguo alcalde y su mujer, el hijo de ambos y un par de indios más sostenían a duras penas el corpachón de un hombre inconsciente. Sobre ellos caía una lluvia suave, típica de finales de agosto, y a la luz de la vela todo brillaba como cubierto de almíbar.

—Déjenos pasar —le dijo la mujer sin más ceremonia.

Francisco Javier obedeció sin rechistar. La señora Tomasa Francisca, decían, imponía respeto. Él tenía razones más que sobradas para algo más: le tenía miedo. El grupo arrastró al hombre hasta la trastienda y lo dejó caer en uno de los petates trenzados donde normalmente dormían los aprendices, rodeados de sacos de azúcar y numerosos cajones de huevos rellenos con paja para que la preciada mercancía no se rompiera durante el traslado. Esa misma mañana, Francisco Javier les había dado a los chicos

un par de monedas y permiso para salir a disfrutar de las fiestas. Si en algún momento se les ocurría acabar la parranda y volver a la dulcería, la lluvia les daría una excusa para seguir bebiendo en las pulquerías de la calle o en alguno de los portales de la plaza. No esperaba ver de nuevo a ninguno de esos desorejados hasta bien pasado el amanecer.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Está borracho —Tomasa Francisca otra vez. Fría, cortante, autoritaria como siempre. No había lugar a réplica con ella—. Necesita un lugar donde pasar la noche y esperar a que se le pase.

—¿Y tiene que ser aquí?

Los otros hombres le hurtaban la mirada y fue la mujer quien contestó de nuevo.

—Nos lo hemos encontrado en la escalinata de la iglesia, ¿dónde quiere que lo llevemos? No estoy yo para arrastrarlo por todo el pueblo a estas horas y con la que está cayendo ahora mismo.

Ni la lluvia era para tanto ni ella parecía haber arrastrado a nadie en absoluto, pero Francisco Javier se guardó mucho de decirlo. Observó, con su cabo de vela en la mano, cómo los hombres acomodaban al indio.

—Se llama Pedro de Villafranca —le dijo la mujer, mirándolo fijamente a los ojos, como para asegurarse de que no se le olvidaba el nombre—. Tiene esposa y doce hijos en Jilotepec.

En lo que al dulcero respectaba, podía tenerlos en la mismísima Castilla, en cualquier punto de ella, le daba absolutamente igual. Jilotepec estaba a tres días a caballo, hacia el norte, por unos caminos embarrados, salpicados de ventas de mala muerte y todo tipo de peligros.

—Necesitará cuidado —protestó débilmente, a sabiendas de que tendría que procurárselo él. No paraba de echar cuentas sobre cuánto tardaría un mensajero en llevar recado a la familia, y esta, a su vez, en ponerse en marcha hacia Toluca. Seis días como mínimo, si Dios los ayudaba.

La mujer parecía haber esperado esa objeción. Se inclinó sobre el pobre hombre, al que habían colocado con la espalda vuelta hacia la pared. Le habían quitado la tilma, la capa roja que llevaba anudada al hombro derecho y que lo delataba como a un hombre de importancia, y le habían

palpado levemente la camisa para asegurarse de que estaba seca antes de cubrirlo con ella. Ahora, la vela proyectaba sobre su figura sombras siniestras.

Tomasa Francisca hurgó en sus bolsillos y extrajo con cuidado un puñado de monedas.

—Siete pesos y cuatro reales —Contó, mostrándole al dulcero la palma de la mano bien abierta ante sus ojos—. Tome lo que necesite para cubrir sus gastos, pero recuerde que es su dinero y que todos hemos visto quién se lo quedaba.

Francisco Javier recogió las monedas sin pensar antes de reunir el valor necesario para protestar una última vez.

—No entiendo por qué yo...

Tomasa Francisca se volvió hacia él. Era una mujer corpulenta y su empeño por apretarse el jubón hasta el límite de la resistencia humana no hacía más que acentuar la abundancia de sus carnes, que rebosaban por encima del escote en una masa informe. Atravesó al dulcero con toda la furia de su mirada y siseó:

—Si no lo entiende, ya se lo explico yo mañana, donde el teniente. — Francisco Javier agachó la cabeza, pálido de pronto, y no volvió a levantarla hasta que el grupo salió de la casa, con la promesa de volver en cuanto amaneciera.

El dulcero sabía que no sería así. Era tarde, vivían a las afueras de Toluca y, sobre todo, a su paso iban dejando un fuerte olor a pulque agriado, pasado. Debían de llevar horas bebiendo, desde la misa de la mañana, como era costumbre. Igual que sus aprendices, no se levantarían pronto al día siguiente, y dudaba mucho que se dieran prisa en interesarse por el indio que habían dejado a su cuidado.

Con un suspiro de resignación volvió a cerrar la puerta. Antes de regresar a la cama, se asomó a la trastienda. El de Villafranca dormía un sueño inquieto, interrumpido por temblores, gemidos y pequeños espasmos. Quizá entre la borrachera y el fresco de la noche se había acatarrado, aunque Francisco Javier nunca había visto un catarro así. Se santiguó. Esperaba que el maldito indio durara hasta la mañana, al menos

hasta que se lo quitara de encima y se convirtiera en el problema de otro.

Lo último que necesitaba era a las autoridades metiendo las narices en sus asuntos y a un montón de extraños entrando y saliendo de su almacén.

Volvió a la alcoba y se metió en la cama, junto al cuerpo blando y cálido de su mujer, que de tanto amasar dulces olía siempre a azúcar, miel y leche. Los suaves ronquidos de esta solían tranquilizarlo y ayudarlo a conciliar el sueño. No aquella noche.

—Que san Bartolomé me ayude —dijo, santiguándose, antes de sumirse en un sueño inquieto y lleno de pesadillas.

Lisotepec

Juana Gertrudis daba teta en su butaca, con el niño en su regazo y el pecho destapado. Así oía a sus otros once hijos jugar en el patio, sin ofrecer la visión de su desnudez a todo el que pasara por la cocina de la hacienda, inusitadamente tranquila y vacía en ese momento. En la penumbra, de espaldas a la puerta, meciéndose levemente y canturreando por lo bajo una canción de cuna, cualquiera la hubiera tomado por un fantasma.

Algo así debió de pensar la persona que golpeó la madera de la jamba con los nudillos, con un tamborileo que expresaba duda y deseo de que nadie respondiera a su llamada.

Por un momento, pensó que su marido había regresado de su viaje antes de tiempo, y sintió que las tripas se le convertían en un nudo apretado.

Antes de su marcha habían discutido. Pedro pensaba que ya era hora de que destetara al niño, que ya tenía casi dos años. Según él, a ese ritmo no se despegaría de las faldas de su madre jamás. Juana había fingido que se creía que era el niño lo que le preocupaba. Este, se dijo, lo que quiere es lo que quiere. Lo mismo que todos los hombres, algo que dar el pecho por las noches le había estado hurtando. Pero ella ya había parido doce hijos y no estaba dispuesta a traer al mundo ni uno más, sobre todo después de pasarse la vida rascando de aquí y de allí para vestirlos y alimentarlos con la dignidad que correspondía a la familia de un cacique. Que Gregorio, el mayor, estuviera a punto de crear su propia familia no mitigaba la carga en absoluto: aún no había terminado con sus propios hijos cuando le iban a echar encima a los nietos, porque no le parecía probable que aquella española encopetada se ocupara de criarlos. ¿De verdad esperaba Pedro seguir dándole niños, cuando estaba a punto de convertirse en abuelo?

De eso nada. Se aferraría a la crianza del pequeño hasta que se le secara toda la leche del cuerpo, y con un poco de suerte para entonces se le habría secado la sangre también. Aunque, como su marido, ella tampoco

admitiría que tenía sus razones.

—Como si fueras a traer dinero bastante para alimentar a otra boca — gritó, sin importarle que la oyeran las indias que servían en la casa.

Pedro quería a su vuelta al niño descriado y, para que quedase claro, se despidió con una amenaza: «Yo mismo te pondré chile en los pezones hasta que el niño llore nada más te vea.» En ese momento Juana Gertrudis, encendida de rabia, le gritó que lo destetaría cuando lo tuviera que destetar. Sin embargo, cuando el domingo acudió a confesión, el cura le recordó cuál era su deber como esposa y la amenazó con el fuego del infierno si se empeñaba en evitar el cumplimiento de sus deberes conyugales. Dios siempre estaba del lado de los hombres, pensó con rabia, arrodillada en el reclinatorio de la iglesia mientras fingía rezar las cuatro avemarías que el cura le había puesto como penitencia.

—¿Hay alguien en casa?

No era Pedro. El nudo se deshizo de inmediato.

—Adelante.

Se recolocó a toda prisa el huipil, la camisa roja bordada por ella misma con flores de colores, que le caía por encima del guardapiés azul, tan ancho como las faldas de las españolas y tan largo que ocultaba los huaraches de cuero trenzado. La mayor de sus hijas, Margarita, siempre atenta, le quitó al niño de encima antes de que tuviera oportunidad de pedírselo y se lo llevó con ella al patio, donde los demás se entretenían lanzando trompos de madera para aprovechar que el sol se había decidido a salir.

Juana se volvió hacia los dos hombres que esperaban, indecisos, en la puerta: el teniente del pueblo y un indio pequeño y baqueteado por el camino, que solía ganarse la vida como tameme y que llegaba sudando y con la cara demudada por el esfuerzo.

—Señora, venimos por su marido.

Juana contuvo la respiración. No sería la primera vez que Pedro acababa en la cárcel porque sus negocios no terminaban de encajar del todo bien con las leyes de los españoles. Rápidamente se puso a la defensiva, con los brazos cruzados, como si la cocina fuera su reino y ella el último soldado que quedaba para protegerla. A pesar de su escasa estatura y sus delicadas

formas, como de pajarillo, cuando fruncía el ceño imponía respeto.

—No está aquí, y no tengo noticia de él desde hace tres semanas, que salió para Toluca.

—Lo sabemos. Doña, su marido ha muerto.

—¿Muerto?

—El 24 de agosto, durante las fiestas de San Bartolomé.

Juana tuvo la presencia de ánimo suficiente para cubrirse la cara con las manos antes de que al oficial le diera tiempo a estudiar su expresión. La explosión de júbilo que sintió al escuchar esas palabras la había pillado totalmente desprevenida.

No habría un decimotercer hijo. Tampoco boda del primero, al menos mientras estuvieran de luto por la muerte de su esposo. Mínimo, un año, y si de ella dependía, al menos dos por respeto al difunto. Los nietos todavía tardarían en llegar.

—¿Cómo? —atinó a decir. Su marido era un hombre sano, fuerte. Aunque rondaba los cincuenta, seguía siendo vigoroso, como atestiguaba su numerosa prole.

—Creemos que ha sido asesinado.

En esta ocasión no tuvo que disimular: su espanto fue totalmente genuino.

—¿Asesinado? ¿Por quién?

—No lo sabemos, doña. Queríamos hacerle algunas preguntas.

La mujer se apartó la cara de las manos para revelar una expresión adecuadamente adusta.

—¿Ahora?

El teniente, un español que llevaba poco en la zona y mucho de arrepentido, se secó el sudor de la frente con un pañuelo ya empapado. No hacía calor como para eso, aunque sin duda había temido dar la noticia lo bastante como para sudar la gota gorda de camino hasta allí.

—Otro día.

Juana comprendió, por la expresión del teniente y del tameme, que no se estaba comportando como ellos esperaban.

—Ay, mi Pedro —gritó—. ¡Muerto! ¡Mi Pedro!

Se arrojó al suelo y, de rodillas sobre las baldosas de barro de cuyo brillo se sentía tan orgullosa, se mesó los cabellos hasta soltarse la toca y deshacerse las trenzas que le enmarcaban la cara, se tiró de las ropas hasta descomponérselas por completo e hizo todo lo posible por llorar, cosa que al fin consiguió, aunque de rabia y desesperación. Pedro no podía haber elegido un momento peor para hacerse matar. ¡Hasta para morir se tenía que ser inoportuno!

Aquello se parecía más a lo que los hombres esperaban, y Juana notó que se tranquilizaban. Cuando empezaban los llantos, la cosa se convertía en asunto de mujeres y, efectivamente, Margarita acudió enseguida, con el pequeño todavía sujeto a la cadera, y pronto aparecieron algunas indias más, de las que pululaban por la hacienda realizando tareas menudas a cambio de un plato de comida o lo que se terciara. El teniente y el mensajero dejaron a la viuda a su cuidado antes de despedirse y marcharse a toda velocidad, aliviados por haber terminado con su parte.

Juana se dejó arrastrar a un sillón, bebió las aguas frescas que le dieron y fingió grandes sofocos y aspavientos mientras explicaba a las mujeres de la casa que su marido había muerto, que a su Pedro lo habían asesinado en Toluca. Dejó que la noticia conmocionara toda la hacienda como un huracán, que los niños más pequeños lloraran pegados a sus faldas sin tener muy claro por qué, mientras los mayores se esforzaban por mantener la compostura. Pedro no había pintado mucho en los asuntos domésticos, sin embargo, su muerte lo cambiaba todo en aquella casa.

Mientras se dejaba llevar por la inercia de su propio llanto, Juana meditaba si el cambio sería para bien o para mal.



Durmió poco aquella noche.

Doce hijos, una hacienda. No, en breve, ni siquiera eso. Estaba segura de que Pedro se lo había dejado todo a Gregorio. Solo tenía diecisiete años, seguramente ella podría administrarlo todo en su nombre hasta que llegara a la mayoría de edad, incluso después, si la españolita no se metía por